

ILUSTRADO POR LIA VISIRIN



¡ATRAPA AL VILLANO!

Las grandes aventuras
de los mejores detectives



ANAYA



ANAYA

ILUSTRADO POR

LIA VISIRIN

TRADUCIDO POR

CARLOS GUMPERT



¡ATRAPA AL VILLANO!

Las grandes aventuras
de los mejores detectives



ÍNDICE

I	EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE	6
	<i>Arthur Conan Doyle</i>	
II	EL SIGNO DE LOS CUATRO	18
	<i>Arthur Conan Doyle</i>	
III	LA CRUZ AZUL	28
	<i>G. K. Chesterton</i>	
IV	LA EXTRAÑA MUERTE DEL SEÑOR BENSON	38
	<i>S. S. Van Dine</i>	
V	CHARLIE CHAN Y LA CASA SIN LLAVES	48
	<i>Earl Derr Biggers</i>	





VI	LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE	58
	<i>Edgar Allan Poe</i>	
VII	LA PIEDRA LUNAR	66
	<i>Wilkie Collins</i>	
VIII	LA PERLA NEGRA	74
	<i>Maurice Leblanc</i>	
IX	LA ZAPATILLA DORADA	82
	<i>Anna Katharine Green</i>	
X	¡CAZADO!	90
	<i>Charles Dickens</i>	







I

EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE

Arthur Conan Doyle

¿Qué sucede cuando una antigua leyenda parece cobrar vida? Pues que entra en escena el gran detective Sherlock Holmes, con su insustituible ayudante John Watson, para desenmascarar a quienes se manchan con crímenes graves para aterrorizar a sus víctimas. Uso de disfraces, vigilancia, seguimiento, análisis de los detalles más minúsculos: este es el estilo del gran Holmes, un nombre conocido en toda Inglaterra... ¡y no solo allí! ¿Será capaz de salvar a su cliente de un destino terrible en un páramo desolado amenazado por un feroz animal aparentemente surgido del infierno? Solo queda armarse de valor y leer la apasionante historia de la maldición de los Baskerville.



Un nuevo cliente, el doctor Mortimer, entró en la oficina del famoso Sherlock Holmes, quien lo esperaba con Watson, su ayudante.

—Veo que ha traído consigo un antiguo documento —observó el detective.

—Así es, señor Holmes. Es un informe de 1742, procedente del castillo de los Baskerville; explica la terrible maldición que acecha a la familia: un mastín demoníaco, negro como la noche y con ojos como brasas.

—¿Y por qué razón nos cuenta esta leyenda? —preguntó el anfitrión.

—Porque hace unos días perdí a un querido amigo, Charles Baskerville. Llevaba tiempo obsesionado con esta historia: tenía problemas de corazón y siempre estaba tenso y nervioso. Por eso le aconsejé que se alejara

del campo, pero no tuvo tiempo: lo encontraron muerto, en su finca, con una mueca de terror en el rostro; yo mismo lo vi. Y, a su alrededor, encontré unas huellas.

—¿De hombre o de mujer? —preguntó Watson.

—¡De perro, de un perro enorme! —replicó el cliente—. Y he recopilado distintos testimonios: algunos habitantes de la zona han visto a esa terrible fiera. La razón por la que estoy aquí, caballeros, es que tengo que ir a la estación a recibir a sir Henry Baskerville, el heredero de Charles. No sé cómo contarle el peligro que corre de encontrarse con ese sabueso demoníaco...

—Le aconsejo que vaya a recibir a su invitado. Mañana por la mañana, después del desayuno, regresen aquí y hablaremos.

Al día siguiente, el doctor Mortimer y sir Baskerville se



presentaron en casa del detective, donde hablaron del peligro que corría el joven. Cuando Baskerville y Mortimer se marcharon, Holmes se puso de pie y anunció:

—¡Vamos, Watson, sigámoslos!

Bajaron a la calle y fueron tras ellos; poco después, notaron una carroza que avanzaba lentamente con un hombre de gran barba negra en su interior que observaba a Baskerville. Salieron en persecución del carruaje, pero yendo a pie no pudieron alcanzarlo, y acabó desapareciendo entre el tráfico de la ciudad.

Más tarde, se reunieron con los dos clientes y le preguntaron a Mortimer si conocía a alguien con una espesa barba negra.

—Veamos... —contestó—, pues en realidad sí: ¡el mayordomo de sir Charles, Barrymore!

Se decidió entonces que Watson acompañaría a Henry Baskerville a su nuevo hogar y no lo dejaría nunca solo.

Al día siguiente, Watson partió con Mortimer y Baskerville, y llegaron juntos a la mansión. Mientras viajaban, notaron que había muchos soldados a caballo recorriendo la zona.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron.

—Un peligroso asesino se ha escapado de la prisión; los soldados patrullan día y noche para encontrarlo.

Al llegar a la mansión, los recibieron el mayordomo y su mujer. A la mañana siguiente, Watson visitó el pueblo cercano y una joven lo detuvo y le dijo:

—Señor Baskerville, ¡debe irse inmediatamente de aquí si valora su vida! ¡Hágame caso, es cuestión de vida o muerte!

—Señorita, soy el doctor Watson —le contestó él—. Pero dígame por qué quiere poner sobre aviso a Baskerville...

La joven se sonrojó por el error que había cometido y se apresuró a decir:

—No puedo contestarle; finja que no le he dicho nada —y se fue.

A Watson no le costó averiguar quién era: se trataba de la señorita Stapleton, una joven que vivía con su hermano soltero en una casa contigua a la mansión de los Baskerville.

De vuelta, el ayudante de Sherlock Holmes vigilaba de cerca el comportamiento del mayordomo, que era muy extraño: Watson se despertó una noche a causa de un ruido en el pasillo y encontró a Barrymore de pie frente a una ventana, haciendo señales con una vela. La noche siguiente, junto con sir Henry, se quedaron despiertos, y ambos sorprendieron al hombre repitiendo el gesto; el dueño de la casa amenazó con despedirlo, pero en ese momento intervino su mujer.

—¡No lo culpen a él, es toda responsabilidad mía! Verán, el criminal que se ha escapado de la cárcel es mi hermano: se esconde en los terrenos de los alrededores, y hacemos estas señales para comunicarnos, para decirle que le llevaremos comida.

Sir Henry ordenó a los sirvientes que se acostaran, pero le dijo a Watson:

—Vayamos al bosque a atrapar a ese criminal.



Watson y Baskerville salieron y de repente oyeron un lúgubre gemido que resonaba entre los árboles.

—Suenan... —dijo Watson— suenan como los ladridos de un perro!

Sir Henry se estremeció al pensar en la leyenda que lo amenazaba.

Siguieron caminando hasta que se toparon con el criminal, quien echó a correr de inmediato, desapareciendo en la noche. No lograron atraparlo, pero Watson tuvo tiempo de ver una siniestra aparición en una roca: un hombre alto y delgado.

Al día siguiente, el mayordomo les aseguró que el fugitivo no tardaría en marcharse; luego, mientras hablaba, añadió que no era el único que vivía oculto en el páramo. Un hombre alto y delgado vagaba también por los bosques, y parecía vivir en la ladera de una colina.

Más tarde añadió un detalle importante:

—Olvidé decirles que el día que sir Charles murió, el motivo que lo llevó a salir esa noche no era dar un paseo, isino acudir a una cita! Encontramos un fragmento de una carta quemada en la chimenea, en la que una mujer, con las iniciales L. L., había quedado con él en el lugar donde después se encontró su cuerpo.

Con la ayuda del doctor Mortimer, quien conocía a todos los lugareños, Watson logró descubrir la identidad de la misteriosa mujer: Laura Lyons.

Fue en seguida a su casa, donde la interrogó; ella admitió haber quedado con sir Charles, pero no llegó a reunirse con él. Watson salió de la casa de la mujer decepcionado y echó a andar. Entonces vio la ladera donde se creía que estaba escondido el misterioso hombre que había visto y, armándose de valor, registró la zona. En



una vieja cabaña encontró latas de comida y una nota escrita a lápiz: «Watson ha salido de la casa». ¡Así que alguien lo estaba vigilando! Justo entonces, un hombre se acercó a la puerta de la cabaña: un individuo alto y delgado... ¡Era Sherlock Holmes!

—¡Mi querido Watson, ha descubierto mi escondite! —dijo.

—Pero ¿ha estado aquí todo este tiempo? —le preguntó este.

—Perdóneme, Watson, por este secreto, pero para actuar con libertad tenía que permanecer en las sombras. Ha estado hoy en casa de la señora Lyons, ¿verdad? Debemos volver a hablar con ella; ¡estoy seguro de que no le ha dado todas las respuestas!

Mientras hablaban, oyeron unos gritos espeluznantes provenientes del bosque; ya había caído la noche, y echaron a correr hasta encontrar un cuerpo sin vida. ¡Era sir Henry!

—¡Holmes, ha sido culpa mía! ¡He descuidado mi vigilancia! —dijo Watson con pesar.

Pero en ese instante, un rayo de luna iluminó el cuerpo, y Sherlock exclamó:

—¡Mire, Watson, no es él! ¡Es el preso fugado, con unas ropas viejas de sir Henry; el mayordomo debió de dárselas! Por eso el mastín lo persiguió; debió de olerlo porque alguien lo puso tras su rastro.

Justo en ese momento, se les unió el hermano de la señorita Stapleton.

—¿Qué ha pasado? ¿Se trata de Baskerville, quizá? —preguntó.

—No, del criminal más buscado del condado —respondió Watson. Ante esas palabras, el recién llegado pareció contrariado

y se despidió. Sherlock y su ayudante regresaron a la mansión y se sentaron frente al fuego para analizar todo lo ocurrido. Mientras hablaban, Holmes observaba los cuadros sobre la chimenea, todos de los antepasados de sir Henry.

—Watson, mire atentamente ese cuadro: si le quita la peluca, ¿a quién se parece ese hombre?

—¡Es verdad, a Stapleton, el hermano de la señora Lyons!

Sherlock tenía la misma expresión de cuando reunía las piezas de un caso muy complicado. Al día siguiente, le hizo creer a sir Henry que se marchaba a Londres con Watson, pero no era cierto. En





¿ERES LO BASTANTE LISTO PARA LEER ESTE LIBRO?

Entre sus páginas se esconden algunos de los misterios más intrincados que los detectives más legendarios han tenido que resolver. No encontrarás detalles violentos ni descripciones macabras, porque no hace falta: las historias son más que suficientes para provocar escalofríos!

Un consejo: ¡Debes ser muy cuidadoso y astuto para desenmascarar a estos villanos!



ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com

1541270

ISBN 978-84-143-4526-9



9 788414 345269